

EL PADRE APOLINAR Y NAZARÍN, DOS MODELOS DE RELIGIOSIDAD EN LA NOVELA DECIMONÓNICA ESPAÑOLA

De todas las obras de José María de Pereda, con elementos autobiográficos circunscritos a la etapa de su vida en Santander, *Sotileza* es la que recoge los recuerdos de la que llama "raza pejina", recuerdos que dejaba como testimonio a futuras generaciones. En 1843 sus padres decidieron avecindarse en la Cuesta del Hospital llevándole con ellos, junto con tres hijas y una sirvienta. La cercanía a la calle Alta le permitió conocer a fondo a la población de marinos y pescadores. Era el Santander de su niñez, que confiesa tenerlo muy adentro, esculpido en la memoria, de tal forma que era capaz de recordarlo con su perímetro, sus calles e, incluso, con las caras de sus habitantes, población en gran parte formada por artesanos, comerciantes y gente de oficios. Aunque en la novela se alude a diferentes fechas, aquel Santander primitivo carecía de tranvías urbanos, de hoteles en el Sardinero y no era muy diferente del que en 1838 presentó el Teniente de Navío José María Mathé en el plano que hizo de la ciudad. En el Paseo del Alta estaban los fuertes de María Cristina, de Isabel II y el de López Baños, colina por la que descendían en pendiente varios caminos, entre ellos el de la Cuesta de la Atalaya que conducía al centro de la ciudad. Aquí estaba la Plaza Vieja, el pequeño y pretencioso Consistorio con dos pisos y tres escudos en la fachada, el Instituto, la Iglesia de la Compañía, las calles de

San Francisco, La Blanca, Arcillero, Atarazanas y el Muelle hasta donde llegaba el mar; lugares en los que figuraba establecido entonces el exiguo comercio. Igualmente, se hallaban los barrios del Cabildo de Abajo y no muy lejos en el promontorio de Somorrostro estaban el Cuartel de San Felipe y la catedral, cuyo reloj acompañaba las alegrías, faenas e inquietudes de la pequeña ciudad burguesa y comercial.

A la derecha se ve en el plano, el reducto de Molnedo y el barrio de Cañadío ¹. A la izquierda aparecen las Alamedas primera y segunda y el tinglado de Becedo. En la loma opuesta de la calle Alta se representa el Cementerio de San Fernando, el hospital de San Rafael, la iglesia de la Consolación y estaban las casas de los pescadores del Cabildo de Arriba.

En el frente de la ciudad se encontraba la zona portuaria con el Muelle Nuevo y el de las Naos, a los que tanto se refiere Pereda en su obra, así como las Dársenas Grande y Chica. La población pescadora utilizaba los muelles de la Rampa Larga, el de Merlón y el del Dueso en la Calle Alta, de los que hablaremos más adelante. Junto a la Pescadería estaba siempre atracado el patache *Joven Antoñito de Ribadeo*, patronado por Venancio Liencres, comerciante rico, armador de *La Montañesa*, al que cita con frecuencia Pereda en la novela. En los escritorios del Muelle estaban las Compañías Consignatarias donde se sacaban los billetes para el pasaje y en los almacenes los sacos de azúcar y cacao aguardaban su reenvío a diferentes puntos de la Península.

El alcantarillado de la ciudad era deficiente y mucho más en las calles secundarias y habitadas por la población mareante. Pereda alude al alcantarillón de la Maruca que vertía los desagües a la bahía por la punta del Muelle. El alumbrado se realizaba por faroles de aceite hasta que en octubre de 1853 se hicieron los primeros ensayos con luz de gas que se impuso definitivamente años después.

La novela *Sotileza* fue iniciada el 18 de junio 1884 y concluida el día 9 de diciembre, aunque el manuscrito está fechado en noviembre de este mismo año. Fue una novela de recuerdos, con abundantes elementos costumbristas e históricos de la ciudad, y en la que su autor se propuso retratar tipos, formas de vida y personajes de un Santander en gran parte ya perdido, si bien la novela no le dejó del todo satisfecho, ni en el aspecto local, porque - como le dijo a Galdós- «no salió lo que yo había visto». Era

¹ González Echegaray, M^a del Carmen: *Del Muelle a Cañadío*, Santander, 1980.

normal que en una novela no pudiera evocar todos los acontecimientos y personas que conoció en su niñez y juventud, protagonistas de una época. Sin embargo, entre los mejores retratos figura el del popular Padre Apolinar, fraile que atrae toda la simpatía de los lectores. De pasada, cita también a don Lorenzo, el cura loco de la calle Alta al que, sin duda, llegó a conocer.

Dos escritores españoles del siglo diecinueve, los dos vinculados por una vieja amistad y trato frecuente, escriben, como diremos, dos novelas realistas con argumentos muy diferentes, pero que tienen en común la aparición en ellas de dos religiosos singulares cuyas características y formas de vida merecen considerarse.

En 1885 se publicaba *Sotileza* y entre sus personajes aparece el Padre Apolinar inspirado en un fraile que está mencionado erróneamente como franciscano exclaustro, en «Arroz y gallo muerto», en *Escenas montañosas* (1864), cuando en realidad perteneció al convento de los dominicos del pueblo de Ajo (Bareyo). Pero es en la citada novela, como hemos apuntado, donde tiene mayor protagonismo dedicado a la enseñanza de los niños y a la atención religiosa de la población pescadora que, en aquellos momentos, habitaba en los barrios de los dos Cabildos de mareantes en la calles Alta, los primeros, y en las del Mar, del Medio y Arrabal de Santander, los segundos; separados a partir de 1754 y rivales entre ellos. En «Crisálidas», primer capítulo de la novela, describe Pereda graciosamente las enseñanzas del Catecismo a Muergo, Surbia, Cole, Guarín y Tolete y sus disparatadas respuestas cuando pregunta al primero cuántos dioses hay y éste le responde que a todo tirar habría ocho o nueve, chiquillería a la que enseñaba a rezar y le daba en premio caramelos y otras golosinas.

El lector se encuentra ya en este mismo capítulo con la descripción que hace el narrador del religioso, donde dice que era «un cura de sotana remendada, zapatillas de cintos negros y gorro de terciopelo raído. Era alto, algo encorvado, con los ojos demasiados tiernos, de lo cual, por horror a la luz, era obra la encorvadura del cuello; y tenía un poco abultada y rubicunda la nariz, gruesos los labios, áspero y moreno el cutis y negra la dentadura» (O.C.,1975, t.II, p. 191).

En esta novela, en la que puso su autor tanta pasión, aparecen tipos curiosos gran parte de ellos bien conocidos en aquel Santander, como «Mingo» y «Chacolí», personajes como el maestro Valentín Pintado y expertos marinos entre los que cita a Pedro Colindres, alias «Bitadura», y

a Fernando Montalvo, profesor de la Escuela de Náutica; y hasta tipos populares del estilo del «Runflas» y el «Cambrios». Tipos, personajes y vivencias que le llegan al autor a través de los recuerdos de su adolescencia al fijar su residencia en la citada Cuesta del Hospital, próxima a los barrios de mareantes de la calle Alta. Nos cuenta el escritor como era el Santander de su niñez y juventud con sus tipos y personajes, «las empresas *raqueriles* de los muchachos del muelle -Anaos» y la celebración de las reuniones de los respectivos cabildos. Los de la calle Alta en la taberna del «tío Sevilla», próxima al fondeadero de El Dueso al que se bajaba por una escalinata o al aire libre en el lugar llamado el Paredón de la calle Alta, en la acera sur de dicho lugar. Los del Cabildo de Abajo celebraban sus sesiones en «La Zanguina», otra taberna marinera instalada en los Arcos de Hacha, luego llamados de Dóriga, establecida por un capitán negrero. Alude asimismo Pereda a las fiestas de San Pedro y a la práctica de la leva de los marineros elegidos para entrar al servicio de la Armada, a la población pescadora de entonces y su forma de vida en unas condiciones inhóspitas e insalubres. Cita igualmente los muelles de la Rampa Larga, y el de madera del Merlón, frecuentados por cada uno de los dos Cabildos, la pesca en la bahía y las diferentes costeras, la galerna del Sábado de Gloria en abril de 1878, al «Pae Apolinar», etc.

Cuenta Pereda en la novela las estrechas casucas que había en la acera del Sur de la calle Alta, algunas con toda clase de subdivisiones desde la bodega a la buhardilla, que albergaban a catorce familias que malvivían en la mayor promiscuidad y con falta de higiene (Ver cap. III). Según el Padrón de 1846, que he consultado, a veces ocupaban un piso hasta diez personas y en una bodega figuran registradas seis. La población del barrio era de pescadores, calafates, veleras (mujeres que hacían y arreglaban las velas de los barcos), sirvientas, etc. Pero añade que no vivían mejor el resto de los vecinos de las casas contiguas, ni la población del Cabildo de Abajo.

La población a la que el fraile asistía era descendiente de la que en el siglo anterior se dedicaba no sólo a salir a la mar, sino también al trabajo en las viñas y en pequeños huertos, abundantes entonces. En Trafalgar murió lo más selecto de aquella gente marinera. Todavía cuando vino Isabel II en julio de 1861 a Santander, le fueron presentados cinco veteranos marineros supervivientes de aquella batalla naval. En 1710,

antes del desastre, los barrios de pescadores eran los más poblados². Las diferentes cofradías tenían un libro registro de matrícula para los profesionales del mar. Con el tiempo se abolió este sistema y se amplió el del reemplazo general para abastecer el servicio de la armada. En 1862 se empleó el procedimiento de sorteo «a fin de educar a la marinería en los buques del Estado para los del comercio e ir atrayendo hacia las costas a las familias de los que fueron aficionándose a las industrias marineras». En 1874 los hombres de mar, voluntarios entre 20 y 25 años de edad, estaban obligados a servir durante tres años en los buques de la Armada, aunque Pereda, en «La leva» dice que el servicio era de cuatro años.

Las disensiones entre los diferentes barrios e, incluso, entre las cofradías fueron frecuentes y, ya desde hacia mucho tiempo, estaban separadas. Los del barrio de Abajo llamaban provocativamente «aza la puerta» a los de la calle Alta, menos numerosos y, según Pereda, uno era «sempiterno rival» del otro. Los llamaban así por estar fuera de la puerta. Ya en 1613 cada puebla celebraba por separado sus mercados de los sábados, alternativamente, por la diferencia de productos y evitar pendencias entre ellos, aparte de la desigualdad numérica de la población entre los barrios callejeros y los de la puebla baja. Igualmente cada uno de ellos tenían diferente dedicación pesquera: los de la calle del Mar y del Medio se ocupaban de la pesca de altura y del besugo y los de la calle Alta de la pesca de la sardina con la traína o traína³.

La vida en estos barrios transcurría en medio de una gran pobreza y eran frecuentes los insultos y las disputas entre las mujeres, tal como popularizó el escritor. Sus diversiones consistían en jugar a las cartas y frecuentar las tabernas marineras citadas. Las festividades religiosas de más devoción eran las de la Virgen del Carmen y del Mar, la fiesta de San Pedro y de San Judas Tadeo con sus respectivas romerías que se extendían a los pueblos próximos de Cueto, Monte y San Román. Pereda nos lo describe así: «Las gentes del barrio, sin acostarse en sus casas, comiendo en la taberna o a la intemperie, y triscando al son del tamboril. La calle atestada de mesas con licores y buñuelos. La iglesia de Consolación, abierta de día y noche; el altar de San Pedro, iluminado, y la gente entrando y saliendo a todas horas». Los dos Cabildos solían participar en

² Madariaga, Benito: *José María de Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Edic. de Librería Estudio, 1991, p. 282. Ver cap. XII.

³ J.L. Casado Soto, en Madariaga, p. 471.

regatas que se realizaban con lanchas y, a veces, con esquifes.

En esos barrios pobres y poco atendidos eran frecuentes las enfermedades contraídas por la humedad, la vida dura en las embarcaciones, la desnutrición y la escasa asistencia médica. Para el socorro y atención de los gastos imprevistos de nacimientos, entierros, operaciones, asistencia médica y farmacéutica, etc. tuvieron que servirse de las Sociedades de Socorros Mutuos, entre las que estaban las tituladas «Nuestra Señora del Carmen», «Nuestra Señora del Milagro», la Sociedad de Mareantes de San Martín de Abajo, «La Virgen del Mar», «San Emeterio y San Celedonio», etc.

El pescado fue el mayor recurso de proteínas y nadie les ganaba en la forma de preparar los platos de los productos marineros, entre los que figuraban también los moluscos y crustáceos.

Los más desasistidos eran los niños, sobre todo los que no acudían a la escuela y pululaban detrás del Muelle, en el portal del Círculo de Recreo y en las proximidades del café Suizo y de cuyo abandono se hizo eco la prensa en *El despertador montañés* en 1849. Son los mismos que Pereda describe como «los chicos de la calle», con edades comprendidas entre los seis y los doce años. Pero el novelista tiene buen cuidado de no confundir estos muchachos con los «raqueros» y así escribe: «En la mar y en el terreno que le pertenece no hay más cheche que el raquero, con el cual no pueden competir». El raquero tenía su sede en los muelles y en las escolleras y aparte de realizar algunos trabajos, se dedicaban también, como hemos dicho, a la raquería. Con los chicos de la calle había también niñas y, a lo que parece, «Sotileza» fue una de las que jugó y desarrolló su vida en este medio y a la que describe el novelista al principio de «niña vagabunda y medio encanijada». Los mayores en edad entraban ya a trabajar de marineros o pescadores y compartían con sus padres las faenas familiares de la pesca. De Silda nos dice el novelista que iba a la pesca en la bahía y a la recogida del muergo y la gusana⁴.

Describe Pereda en la novela cómo los pescadores salían a la mar con aquellas sencillas lanchas durante las costeras del besugo, la sardina y la merluza. A lo duro del trabajo y la pobreza de ingresos, se unía el riesgo de los temporales que periódicamente diezaban la población mareante. El cambio súbito del viento Sur al Noroeste originaba las galernas, como ocurrió con la trágicamente famosa del Sábado de Gloria, del 20 de abril

⁴ Madariaga, B., ob. cit., p. 284.

de 1878, que ocasionó la muerte a los que pescaban en los «pláceres» del Miguelillo, del Botín y del Laurel. En Cabo Mayor y en ciertas atalayas había un servicio de vigías que encendía hogueras y hacía ahumadas de día y avisaba a las lanchas con luz en la noche cuando aparecía el viento Sur. La atalaya más antigua fue construida en el Alta por el Real Consulado y desde el finales del XVIII avistaba a los veleros que venían de América.

El Padre Apolinar Gómez fue uno de los personajes de la novela *Sotileza* inspirado en una figura real, fraile bien conocido en Santander, exclaustro a causa de la Desamortización. Al tener que salir del citado convento de Ajo se adscribió a la parroquia de San Francisco de Santander y cambió el hábito blanco de Santo Domingo por la sotana. Decía misa muy de mañana en la parroquia y en otras iglesias de la ciudad, donde predicaba en las festividades y se dedicaba, como hemos dicho, a atender espiritualmente a la población pescadora, a enseñar la doctrina cristiana y las primeras letras a los niños, viviendo de lo que le daban por decir las misas, que era una peseta con cincuenta céntimos y gracias también a la generosidad de las personas caritativas. Hoy sabemos que se llamaba Apolinar Santos Gómez y Fernández de Gobeo, natural de Vitoria, donde nació el 24 de julio de 1800. Vivió en diferentes lugares de Santander huyendo, a veces, de incomodidades, del ruido y del lenguaje mal hablado de las gentes y se tuvo que trasladar desde la calle Alta, a la Alameda de Becedo donde le cedieron un cabrete para dormir y de aquí pasó a un piso de la calle de Rubio gracias a que una panadera le alquiló una habitación. Finalmente se pasó a vivir a la calle de la Concordia, hoy Cisneros, donde murió y el Ayuntamiento colocó una placa en recuerdo suyo. Es verdad que fue un personaje popular y querido, pero también hay que decir que sufrió mucho a causa de la pobreza, que es siempre mala compañera. Para colmo padeció, a veces, los insultos del anticlericalismo de algunas personas.

Constantino Villa ⁵, que fue monaguillo suyo y más tarde jefe de la Cruz Roja, nos ha transmitido su ajuar compuesto de una cama de tablas con un jergón de hojas de maíz, unas sábanas bastas y una mesa en la que tenía un ladrillo con agujeros, a modo de palmatoria, en el que colocaba

⁵ Simón Cabarga José, *Retablo santanderino*, Santander, Jean, 1964, pp.57-68. Ver también de B. Madariaga, *José María de Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Edic. Librería Estudio, 1991, pp. 272, 278-282.

una vela y un tintero con una pluma de ave. Su vestimenta estaba compuesta de una sotana raída y remendada, debajo de la que llevaba una camisa de las que utilizaban los militares, el pantalón, una camiseta sin puños ni cuello y un calzoncillo de bayeta amarilla. Aún así era más rico que otros, ya que consta que un día vio a un pobre que llevaba el pantalón tan roto y descosido que se le veían las carnes y algo más. Apiadóse el Padre Apolinar, le llamó y en un portal de la calle Cervantes se quitó los pantalones para dárselos. Cuando llegó a su casa con los calzoncillos de bayeta amarilla cubiertos por la sotana, cuentan que la posadera le regañó por aquel traspaso de vestimenta que le pareció un derroche, cuando él lo necesitaba tanto más que nadie. Pereda recoge la escena cambiada en la novela, en el momento en que le da sus pantalones a Muergo, a la vez que le dice: «No son cosa mayor, pero al fin son calzones. Dile a tu madre que te los arregle como pueda, y que los ponga a secar en las Higueras cuando tenga que lavarlos».

Desayunaba una taza de cascarilla y cuando podía lo acompañaba con una copeja de aguardiente. Otras veces lo sustituía por una pastilla de chocolate. Los marineros le invitaban también, en ocasiones, a beber vino y quizá suplió con el alcohol su deficiencia nutricional, ya que Pereda lo da a entender cuando le retrata con nariz rubicunda y abultada. Comía un cocido o un plato de berzas con un poco de tocino y cenaba con la misma cascarilla del desayuno.

Cuenta Pereda que el exclaustro se enjugaba «blandamente los sanguinolentos bordes de sus párpados con un retal de lienzo fino que traía guardado para esos lances». En realidad se limpiaba los ojos con un pañuelo grande de color verde que en su época llamaban de hierbas. La enfermedad de sus ojos, opinaba el oftalmólogo Dr. Gumersindo Íñigo, que pudiera haber sido debida a una blefarconjuntivitis crónica con complicaciones corneales que le hicieron sospechar se tratara de tracoma. Su dentadura negra nos hace pensar que fue fumador y para más señas tenía encogido el dedo meñique de la mano derecha.

Pereda no se limita a retratarle sino que, como digo, le introduce como personaje en la novela y **le trata con el mayor cariño como ejemplo de sacerdote modelo**. En el Padre Apolinar, dice Francisco Pérez Gutiérrez ⁶ que se cifraba cuanto Pereda «exigía en su imagen ideal del

⁶ *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1975, p. 167.

cura identificado con la vida del pueblo: desprendimiento evangélico, valimiento para los necesitados, tanto si se trataba de calzones como de consejos, fe robusta y sencilla, más cercana a la del carbonero que a la del teólogo..., y hasta la inofensiva debilidad de su vanidad oratoria que permite la sonrisa del lector, como justificaba la del autor mismo». Y es que Pereda no hubiera creado nunca un tipo de religioso que se saliera de su habitual tradicionalismo. Así, al ex fraile de *Sotileza* vemos como «se le encomienda, en los dos Cabildos, el arreglo de todas las cosas que no tienen compostura...», y cuenta además el escritor el encargo que le hicieron al Padre Apolinar, los del Cabildo de Abajo, de pronunciar el sermón en su festividad, el día de los Santos Mártires, en la capilla de Miranda, que tuvo lugar el 26 de agosto de 1849. Nos cuenta, además, el caso de la entrega de su cena a un pescador enfermo o el momento en que busca padres adecuados a la desamparada Silda. En la administración de los sacramentos confiesa a Mechelin y le da el viático y es también el que aconseja a tío Miguel y a tía Sidora. Únicamente en otra de sus novelas, *La puchera*, el novelista se separa del respeto a los personajes religiosos y maltrata física y psicológicamente al ex seminarista Marcones, con pinceladas grotescas de un aguafuerte goyesco ⁷.

Enfermo, desasistido y en manos de la caridad de las mismas patronas de las casas donde vivía, murió Apolinar Gómez un día en que se sintió grave, a los setenta y un años, siendo auxiliado a última hora por el Dr. Pedro Portilla («Portilluca»), médico de Santander, que no pudo hacer nada. El Padre Salmón le aplicó los últimos sacramentos, mientras el sacristán le leía las recomendaciones del alma que, a buen seguro, no necesitaba. El sacristán y el monaguillo le amortajaron y cuenta Constantino Villa ⁸ que al revisar el pantalón encontraron en el bolsillo todos sus ahorros que consistían en un ochavo moruno. La noticia de su muerte trascendió por la ciudad y causó pesar en todas las clases sociales que conocían bien al pobre fraile que llevaba la sotana remendada sin que tuviera dinero para comprarse una nueva. La familia Eguía sufragó el entierro al que asistió un numerosísimo público. Y como nunca falta la

⁷ Laureano Bonet, «La caricatura como deshumanización del personaje novelesco (José María de Pereda, *La puchera*, cap. V)» en *El comentario de textos. La novela realista*, III, Madrid, Edit. Castalia, 1979.

⁸ «Cuartillas escritas a máquina sobre la vida del Padre Apolinar», Santander, diciembre 1942.

paradoja, ni siquiera a la hora de la muerte, la caridad se mostró en el entierro que generosamente le hicieron siendo conducido el cadáver el 3 de mayo de 1871 al cementerio de San Fernando. Sus restos fueron transportado por la empresa de Galo Gautier en un carroza fúnebre de primera, tirada por el número de mulas que se asignaban a los entierros preferentes de esta clase.

La aparición de *Sotileza* en febrero de 1885 tuvo un éxito extraordinario y la novela pasó de mano en mano entre los miembros de las familias que discutían entre ellos por leerla primero. Con este motivo, Menéndez Pelayo le escribe entonces estas palabras entusiastas: «Sotileza no es sólo la mejor novela y la mejor obra de Vd., sin excepción ni reparo alguno, sino que carece de todo precedente en la literatura castellana y en aquella parte de la extranjera que yo conozco. Nunca han sido pintadas las costumbres marítimas con tan intenso vigor, con tan poderoso arranque, con tal virginidad de sentimiento y con tal frescura de impresión»⁹.

La publicación de la obra le valió a su autor un éxito resonante y multitud de demostraciones de cariño de sus vecinos. Pereda representa para los cántabros lo que Blasco Ibáñez para los valencianos y Palacio Valdés para los asturianos. Son magníficas las descripciones de la vida de los mareantes y de los barrios de pescadores de Santander, sus entretenimientos y rencillas y hasta su forma de hablar y el empleo de un vocabulario local que obligó a insertar algunas voces técnicas al final de la novela. Pero es, sobre todo, por la autenticidad en la recreación imaginativa por lo que la novela adquiere, además, un componente histórico de época al describir el ambiente, la vestimenta y hasta la mugre y los olores de aquellos barrios en los que vivieron los pescadores de la novela. El costumbrismo está insertado en algunos capítulos en los que describe la pesca, el marisqueo en la bahía, la vida de los Cabildos, los marinos de entonces o la historia del patache el *Joven Antoñito de Ribadeo*, que casi siempre cargaba carbón y con el que terminó la galerna que se describe en la novela.

En 1888, Pérez Galdós publicó un artículo en *La prensa* de Buenos Aires sobre la obra y personalidad de Pereda. Es aquí donde se refiere a la novela *Sotileza* a la que llama «poema de la gente del mar» y de la que dice

⁹ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, p. 90. Citado por Benito Madariaga en *José María de Pereda*, ob. cit., p. 297.

que «hay en toda la obra un picor salobre, un ambiente de mar tan vivo que parece que las hojas del libro se vuelven a impulso de la brisa que corre desde la primera a la última página, brisa que les da frescura, aroma de sal y alegría».

A los pocos meses de la muerte del Padre Apolinar, vino Pérez Galdós a Santander por primera vez en el verano de 1871. Tuvo entonces y después muchas ocasiones de que le contaran al escritor canario la vida y obra de tan curioso personaje que después sería popularizado en *Sotileza*. Lo que no se ha dicho es la influencia de este fraile en la inspiración de otro personaje, en este caso de ficción, que protagoniza la novela *Nazarín* terminada de escribir en su finca de «San Quintín» de Santander, en mayo de 1895; es decir, diez años después de publicarse *Sotileza*. Ahora bien, aunque las diferencias entre ambos clérigos son notables, debido a que corresponden a dos novelas con argumentos y retratos muy diferentes, uno de inspiración real, y el otro de pura creación, existen también, como vamos a ver, curiosas coincidencias entre los dos personajes. Si del de Pereda dijo Menéndez Pelayo que era «el tipo de fraile más asombroso que yo he visto en novelas», de Nazarín no dijo nada en concreto en la contestación que le hizo a Galdós en su entrada en la Real Academia Española, como si fuera un tema que prefiriera no tocar. Sin embargo, la relación de estudios sobre esta segunda novela es actualmente abundantísima ¹⁰.

De Nazario ¹¹ Zaharín, sacerdote manchego de aspecto semítico, dice el narrador que para unos era un santo y para otros un simple. El retrato se aproxima mucho al del Padre Apolinar, del que se dijo lo mismo, pero también coincide en que le encargan misas en diferentes parroquias, predica aunque raramente, y le ofrecen vino, aunque Nazarín lo rechaza igual que el tabaco. Y, sobre todo, la pobreza es esencial en ambos. El Padre Apolinar tuvo de escenario en la novela la ciudad de Santander y los barrios pobres de mareantes en los que fue un vecino más

¹⁰ Ver la bibliografía de Peter Bly, *Nazarín*, de Pérez Galdós, Valencia, Graf. Soler, Grant & Cutler, 1991, pp.108-113, y la de Yolanda Arencibia en *Nazarín-Halma*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp.73-76. Para los estudios sobre Nazarín, ver *Bibliografía de estudios sobre Galdós*, de Jeónimo Herrera Navarro, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998, pp. 395-399.

¹¹ San Nazario fue seglar y murió por la fe en siglo I. Su festividad religiosa se celebra el 12 de junio.

que no pasó desapercibido. En cambio, Nazarín se desenvuelve en un entorno de campo, pueblos (Móstoles, Sevilla la Nueva, Villamantilla, Métrida, etc. y de ciudad, incluido Madrid), y su biografía es noticia para los periodistas. El primero está circunscrito, como decimos, al territorio de Santander y a la población pescadora, en tanto que el segundo es un personaje itinerante, ajeno al mar. El clérigo de *Sotileza* soportó la pobreza y el anticlericalismo y Nazarín la miseria, a veces repugnante, y la incompreensión de los que le tratan. En la novela le aplican nombres dispares a causa de una difícil tipificación personal: santo, bendito, místico, loco, pordiosero, mendigo, clérigo árabe, ermitaño andante, etc.

El narrador le describe «de mediana edad, o más bien joven prematuramente envejecido, rostro enjuto, tirando a escuálido, nariz aguileña, ojos negros, trigüeño color, la barba rapada, el tipo semítico más perfecto», que va vestido con su sotana. Quizá el hecho de que el P. Apolinar llevara curiosamente en el bolsillo un ochavo moruno el día de su muerte, le sugirió a Galdós la idea de retratar a Nazarín con aspecto moruno. Incluso los diálogos y el empleo del lenguaje popular aproxima a las dos novelas ¹². El personaje de la tía Chanfaina y el comienzo de la novela recuerdan mucho las descripciones de Pereda.

También se describe el pobre ajuar de Nazarín con jergón y una flácida almohada, sin sábanas ni colchas. Pero el caso de cura semítico es sorprendente por su vida trashumante, irreal y arriesgada, más propia de un iluminado que de un ministro del Señor. Vida considerada de pobreza errante y de ascetismo. Se llegó a decir que había en él una influencia, en ese comportamiento, de los personajes un tanto anormales dentro del espiritualismo de la novelística rusa, ya que es un religioso que recorre los caminos ofreciendo consuelo y socorriendo a las gentes a cambio de nada y al que incluso llaman para que haga curaciones sorprendentes. Nazarín es andariego como don Quijote (en las pruebas de imprenta del libro, el autor quiso llamarle con el nombre cervantino de Nazario Quijada) ¹³, sufre también penalidades y padece en cierto modo una Pasión con lo que se consuma el viacrucis de su vida, al ser detenido y custodiado por la Guardia civil, estar acompañado de dos ladrones y de dos mujeres, una de

¹² *Nazarín*, 6ª edic., Madrid, Ed. Hernando, 1974, pp.17-18.

¹³ Ver de Yolanda Arencibia la edición de *Nazarín* de la Biblioteca Galdosiana, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, nota 242 de la p. 35.

ellas Ándara con nombre procedente de un topónimo lebaniego. Para Galdós, no sin ironía, el mal ladrón es el que va a la derecha. Pero es fácil encontrar en el prendimiento e interrogatorio un remedo de la citada Pasión de Jesucristo y su paso por el Huerto de los olivos y hasta la cárcel la ve como una anchurosa cueva, como si fuera un sepulcro. Nazarín busca su aislamiento de la sociedad en que vive y no le importa que su conducta cause escándalo en algunos, lo contrario que el Padre Apolinar. En tanto que éste es una realidad cristiana, Nazarín es un símbolo. Busca parecerse a **Jesucristo**. Sin pretenderlo y sin motivo es prendido, abofeteado, insultado y metido en prisión. Y hasta le acusan de vagancia y pillería. Ahora bien, ¿qué fin buscaba el autor con esta novela? ¿Pretendía reconstruir una parodia o imitación de la vida de Jesucristo como si viviera en su tiempo para ver cual sería la reacción de las gentes? ¿Gustó este tipo de religioso a sus contemporáneos? Desde luego, a todos no, al verlo irreal y distante en la época del siglo XIX, tiempos- como se dice en la novela- del ferrocarril, «del vapor, del teléfono eléctrico y de la imprenta». Cuando detienen a Nazarín, el alcalde del pueblo da por supuesto que si Jesucristo viviera en el siglo presente aceptaría los adelantos del momento, argumentación que niega el clérigo. Cuando apareció la novela los críticos de entonces y los actuales han buscado los posibles orígenes del personaje, a modo de un Cristo trasladado al siglo XIX, en que se desarrolla la acción. Al principio se pensó en la inspiración a través de Tolstoi, autor muy leído por Galdós. Clarín se fijó en la concomitancia con ciertos rasgos de la vida de San Ignacio de Loyola. Para otros, la fuente estuvo en la *Nueva vida de Jesús* de Strauss, libro que leyó en francés que se conservaba en la biblioteca del novelista canario. Walter T. Pattison creyó encontrar como modelo de Nazarín a mosen Jacinto Verdaguer. Finalmente, Romero Tobar apunta la posible influencia del artículo «Jesucristo en Fornos» de Julio Burell publicado en *El Heraldo de Madrid* en 1894¹⁴.

Nazarín nos recuerda a aquel franciscano de Ocaña, que cita Menéndez Pelayo en *Los heterodoxos*, que se juntó con diversas mujeres y que como otros frailes vagabundos dados al trato con mujeres y a la mendicidad fue acusado de «alumbrado» o «iluminado». En la novela Nazarín es un «ermitaño andante» que va descalzo y practica, como se ha

¹⁴ *Nazarín-Halma*, ob. cit., p. 29.

dicho, la pobreza, la caridad, la resignación y la mansedumbre. También se alude en la novela a su pasividad, típica del budismo y, por ejemplo, Pedro de Belmonte le habla a Nazarín del Oriente como lugar preferente donde existe la vida espiritual (Tercera parte, cap. 7). ¿Quiso Galdós reunir en el comportamiento espiritual del personaje elementos de las tres religiones: cristiana, mahometana y budista? Sin embargo, pese a la ortodoxia que le hace mantenerse dentro de las enseñanzas de la Iglesia católica y seguir con sus misas y rezos, las gentes le tienen por un loco. En el último capítulo del final de la novela se describen sus alucinaciones visuales y auditivas que le aproximan a los místicos o a un enfermo cuando cree escuchar que le habla Jesucristo y le reconforta durante este estado, en que no sabe si está vivo o muerto. Después cuando cree recobrado el conocimiento, en un estado de ardiente anhelo de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad, en que supone que está celebrando misa, escucha la voz de Jesús que le dice que está vivo y que esa misa es una figuración insana de su mente ¹⁵.

En *Halma*, la segunda parte escrita en Santander en octubre de 1895, es donde el autor aclara por boca del sacerdote Manuel de Flores la dependencia de Nazarín del misticismo español cuando éste dice: «Pero al demonio se le ocurre ir a buscar la filiación de las ideas de este hombre nada menos que a Rusia. Han dicho ustedes que es un místico. Pues bien: ¿a qué traer de tan lejos lo que es nativo de casa, lo que aquí tenemos en terruño y en el aire y en el habla? ¿Pues qué, señores, la abnegación, el amor de la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, la paciencia, el sacrificio, el anhelo de no ser nada, frutos naturales de esta tierra, como lo demuestran la historia y la literatura que debéis conocer, han de ser traídos de países extranjeros?» ¹⁶. Quiere ello decir que, ante las críticas que señalaban en la novela la influencia rusa, Galdós en esta segunda quiso dejar claro que su inspiración era netamente española.

Los diálogos de la novela recuerdan los de *Doña Perfecta*, donde no se eluden los problemas religiosos y así Ándara le dice a Nazarín que ella no creía en el Infierno (p. 64 de la Segunda parte), tema sobre el que muchos años antes Galdós había publicado un artículo en *Recuerdos de*

¹⁵ Ver *Nazarín* y *Halma*, Ibídem, pp. 315-316. Ver también el cap. 7 de *Nazarín*, 6ª edic, 1974, p. 256, donde el alcalde le dice al clérigo que practica el misticismo. En *Marianela* se produce un caso análogo cuando la protagonista cree ver a la Virgen.

¹⁶ *Halma*, parte III, cap. 2.

*Madrid*¹⁷. Del mismo modo, una de sus acompañantes le hace muchas preguntas al pobre Nazarín sobre la muerte y el lugar donde se localiza el alma y cómo tampoco entendía que con unos responsos y unas monedas salieran las almas del Purgatorio (Segunda parte, cap. 3, pp.73-75). Nazarín opinaba que no bastaba con predicar la doctrina de Cristo, sino «darle existencia en la práctica e imitar su vida» (Tercera parte, cap. 8). Las alusiones al quietismo y su pasividad y mansedumbre me hacen pensar que Galdós admiraba al teólogo español del siglo XVII, Miguel de Molinos, condenado por la Inquisición precisamente por esto. En el capítulo octavo de la Tercera parte surgen de nuevo las preguntas sobre los problemas religiosos y sociales y así se habla de la desigualdad existente en la Humanidad entre las diferentes personas y cómo el número de pobres y hambrientos era cada vez mayor. Nazarín dialoga sobre el adelanto material y la disminución del trabajo y la abundancia de manos desocupadas, unas por falta de empleo y otras de la clase alta por vivir de las rentas sin tener que trabajar. Incluso formula un fuerte ataque a la política y a los políticos, unido a críticas sobre la mala situación del mundo, que nos recuerda los momentos de la Restauración en que se desarrolla la novela, si bien, como buen cristiano, el clérigo mendicante confía «en los efectos del principio cristiano, así en el orden espiritual como en el material».

Ya avanzado el siglo diecinueve, Galdós se siente positivista y a ello aludió Menéndez Pelayo en la contestación que le hizo en la Academia de la Lengua cuando se refirió a su conciencia religiosa y a las «ráfagas de cristianismo positivo» que le llevaron a escribir las novelas de la espiritualidad (*Angel Guerra, Nazarín, Halma y Misericordia*). Es entonces cuando Galdós lee los libros de religión y de positivismo de los hermanos Jorge y Juan Enrique Lagarrigue, aunque seguramente no conoció en español la obra de Augusto Comte. Nazarín en un momento se muestra partidario de «no creer más que en la ciencia y en Dios por encima de la ciencia y de todas las cosas». El alcalde le exhorta a comprender la necesidad de los adelantos del siglo y le dice: «El fin del hombre es vivir. No se vive sin comer. No se come sin trabajar. Y en este siglo ilustrado, ¿a

¹⁷ «El diablo y los neocatólicos», «Recuerdos de Madrid» en Benito Pérez Galdós, *Recuerdos y Memorias*, prólogo de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid, Tebas, 1975, pp.76-78.

qué tiene que mirar el hombre? A la industria, la agricultura, la administración, al comercio. He aquí el problema» (4ª parte, cap.7). Pero Nazarín le responde que hablan un lenguaje diferente, ya que él «no tiene que cavilar por las materialidades de la existencia», «no deseando nada terrenal» con fiado en la pobreza (2ª parte, cap.5). Nazarín pasa de la ascética a la mística, mediante la renuncia a las cosas de este mundo.

Galdós fue un hombre religioso, aunque disidente con la Iglesia de su tiempo. En mayo de 1885 en un artículo en *La prensa* de Buenos Aires se había referido al sentimiento religioso en España y aludía al descreimiento que en que se vivía entonces. En otro, en 1890, con motivo del primero de mayo, escribió que el espiritualismo era lo que más se acercaba a la solución del problema obrero «proclamando el desprecio de las riquezas, la resignación cristiana y el consuelo de la desigualdad externa por la igualdad interna, o sea la nivelación augusta de los destinos humanos en el santuario de la conciencia». En la novela vemos una gran parte de sus opiniones y críticas a una religión de las gentes, ajena muchas veces a la caridad y a una aproximación a las tesis evangélicas. Ya en la primera parte de su novela *Gloria*, Daniel Morton se quejaba de lo amortiguado de los sentimientos religiosos en España y a la rutinaria práctica del culto cristiano (cap. XXIII).

A partir del estreno de *Electra*, que motivó un movimiento anticlerical en España, en el que no tuvo ninguna intervención el escritor, la Iglesia española se posicionó contra el novelista, postura a la que respondió Galdós de una forma personal, que luego va a mantener durante las manifestaciones y sus discursos políticos a partir de 1906, en que se hace republicano. En 1910 figuró en la primera línea de la manifestación anticlerical de Madrid. En la novela *El caballero encantado* (1909) y en el Episodio *Amadeo I* (1910), así como en las cartas a su compañera Teodosia Gandarias y en sus discursos es patente su anticlericalismo y disconformidad con la Iglesia española de entonces. Es uno de los muchos autores de los que podemos decir que el Concilio Vaticano II no le llegó a tiempo. Menéndez Pelayo en 1897, en el citado Discurso de contestación a Galdós, en su entrada en la Academia, diría que «no intervendría tanto la religión en sus novelas, si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable». Quizá la tipificación más acertada que hizo de sí mismo, al compararse con Pereda, fue cuando escribió en sus *Memorias* que algunos creían que ambos vivían en continua rivalidad por cuestiones políticas y

religiosas, lo que a su juicio no era cierto. A lo que añade: «En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros». Ya en la contestación a Pereda en el Discurso de entrada en la Real Academia Española señaló las críticas que realizaba el polanquino a sus obras sin que por ello se enfriara su aprecio. Se refería a las amonestaciones que le hacía por carta a raíz de publicar *Gloria*, novela en la que refiere los amores de un judío y una católica con el consiguiente conflicto. Pereda le llega a decir que estaba cayendo en la novela volteriana. Todavía fue más duro Menéndez Pelayo que le incluyó en su libro de los *Heterodoxos* con estas palabras: «Hoy en la novela el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes aunque las oscurezca el empeño de dar fin trascendental a sus obras». Y añade: «En Pérez Galdós vale mucho más sin duda el novelista descriptivo de los *Episodios Nacionales*, el cantor del heroísmo de Zaragoza y de Gerona, que el infeliz teólogo de *Gloria* o de *La familia de León Roch*». Digamos que este juicio severo contra estos libros fue noblemente corregido en 1897 por el sabio santanderino cuando le contestó a Galdós en la Academia rectificándose de la siguiente manera: «Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacé con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado suficiente satisfacción al argumento»¹⁸.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO

¹⁸ *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Introducción de Benito Madariaga, Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, 2003.